
CONSTRUYENDO LA PATRIA A TRAVÉS DE LA CULTURA

LA DIFUSIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES: LOS CASOS DE LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA Y LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA (1910-1939)

BUILDING FATHERLAND THROUGH CULTURE. SPREADING SPANISH NATIONAL
IDENTITY IN BUENOS AIRES: THE PATRIOTIC SPANISH ASSOCIATION
AND SPANISH CULTURAL INSTITUTION CASES (1910-1939).

Ruy Farías¹

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Siglo xx, Argentina, Inmigración, Españoles, Nacionalismo español	En la pasada centuria, la identidad nacional española fue objeto de distintas interpretaciones y fue representada a través de símbolos y prácticas diversas. Aunque nuestro conocimiento de la cultura política e identitaria del grupo hispano en Buenos Aires resulta satisfactorio para el período que discurre entre el último cuarto del siglo xix y la primera década del xx, es poco lo que sabemos, con posterioridad a 1910, acerca de la elaboración y la difusión del imaginario nacionalista español en el seno de la colonia porteña. La indagación de los temas y discursos canalizados por la Asociación Patriótica Española y la Institución Cultural Española, a través de los diferentes medios y auditorios al alcance, permite aproximarse al papel que dichas instituciones jugaron en el proceso de nacionalización “desde abajo” de la comunidad migrante peninsular durante el período comprendido entre el Centenario argentino y el final de la guerra civil de 1936-1939.
<i>Recibido</i> 13-6-2016 <i>Aceptado</i> 14-8-2016	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
20th century, Argentina, Immigration, Spaniards, Spanish nationalism	In the last century, Spanish national identity has been subjected to several interpretations, and represented through different symbols and practices. There is a substantive body of knowledge about the identity and political culture of the Spanish community in Buenos Aires for the period comprised approximately between 1875 to 1910. However, we know little about the dissemination of the Spanish national imaginary after the latter date. This work seeks to shed light on the process of the Spanish community nationalization “from below” between 1910 and the end of the Spanish Civil War (1936-1939) by looking at the discourses and themes put forward through different means by the Patriotic Spanish Association and the Spanish Cultural Institution to several different audiences.
<i>Received</i> 13-6-2016 <i>Accepted</i> 14-8-2016	

1 CONICET / Museo de la Emigración Gallega en la Argentina / Universidad Nacional de San Martín; Escuela de Humanidades. Campus Miguelete, 25 de Mayo y Francia, 1650 San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina. ruygonzalofarias@yahoo.com.ar. El trabajo forma parte del proyecto I+D+I “La nación desde la raíz. Nacionalismo español y sociedad civil en el siglo xx” (HAR2012-37963-Co2-02, Gobierno de España).

Todos los españoles que residimos en la Argentina tenemos muchas y grandes misiones que cumplir; nosotros tenemos que ser aquí los continuadores de la historia de España, los exploradores de su comercio e industria, los mantenedores de su prestigio secular, los difundidores de sus ciencias y artes y los forjadores de la fraternidad hispano-argentina.

(Revista de la Asociación Patriótica Española, Buenos Aires, 13 de enero de 1929, p. 6)

A lo largo de la primera década del siglo xx, la colectividad española de Buenos Aires vivió un proceso de reactivación del sentimiento de patria y de pertenencia nacional (Duarte 1998). Ese patriotismo español no era preexistente, sino el resultado de las empresas programáticas y movilizadoras en la diáspora migratoria (García Sebastiani 2013), y si bien fue estimulado por una reducida élite económica y profesional (sensible al hecho de que una valoración más positiva de su tierra de origen por parte de la sociedad de acogida facilitaría su propia integración), logró superar los límites de las conciencias individuales para adquirir una genuina dimensión de grupo. De ese modo, la preocupación por España devino un argumento de uso corriente en la vida pública de la colectividad.

Sin embargo, la identidad nacional española fue objeto de distintas interpretaciones, símbolos y prácticas simbólicas a lo largo del siglo xx (Moreno Luzón & Núñez Seixas 2013); y nuestro conocimiento de la cultura política e identitaria de los españoles en Argentina resulta endeble para los años que siguen a 1910-1920. Debido a ello, consideramos conveniente analizar los discursos identitarios canalizados por dos de las más importantes entidades panhispánicas de la ciudad, la Asociación Patriótica Española (APE) y la Institución Cultural Española de Buenos Aires (ICE), entre la segunda década del siglo xx y el final de la Guerra Civil española. Nos preguntamos cuáles fueron los canales a través de los que se expresó el discurso nacionalista español. También si el discurso español (centralista) reconoció la emergencia de los *regionalismos* o *nacionalismos periféricos* y cómo reaccionó frente a ellos y ante la proliferación de asociaciones macro y microrregionales. En fin, qué papel habría correspondido a la APE y la ICE a la hora de difundir el patriotismo español en la margen occidental del Río de la Plata: su rol en el proceso de nacionalización “desde abajo” de la comunidad emigrante hispana en Buenos Aires, un fenómeno que conviene aquilatar debidamente, habida cuenta del volumen de personas implicada y su elevada tasa de retorno a España.

NACIONALISMO ESPAÑOL EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

El estallido de los debates en el seno de las élites políticas e intelectuales españolas a propósito de la identidad nacional de España se halla ligado al resultado adverso en la guerra hispano-norteamericana de 1898 y a la “introspección” a la que dio lugar (Álvarez Junco & Fuente Monge 2013). En uno y otro participaron intelectuales y ensayistas ligados al *regeneracionismo*, que ahondaron en la profundidad del carácter nacional en un “examen de conciencia” que, aunque de pretensiones historicistas, tenía mucho

de ahistórico. El regeneracionismo era en sí mismo una expresión del nacionalismo español para el que la nación es un organismo “vivo”, que adquiere “alma”, convirtiéndose en un ente con personalidad propia. Supone, además, una interpretación castellanista de la historia española, puesto que asimila lo castellano y la esencia española. Personajes de la talla de Miguel de Unamuno, Ángel Ganivet o Joaquín Costa fueron capaces de construir lucubraciones tan influyentes que luego serían sostenidas por historiadores profesionales o filólogos de la envergadura de Rafael Altamira o Ramón Menéndez Pidal.

El primero concebía a España en términos esencialistas y orgánicos, un ente que, aunque evolucionaba, mantenía su esencia básica a lo largo de los siglos. Hizo de lo castellano el eje de la historia de la nación; y de la lengua de Castilla, la creadora de la personalidad de España en el mundo. Esta importancia del idioma explica el importante papel de Menéndez Pidal, en tanto padre de la moderna filología española, pues ve en la aplicación del método de su disciplina una herramienta eficaz para comprender las manifestaciones del espíritu de un pueblo, las cuales tienen por medio de expresión el lenguaje. Esto lleva sus trabajos a zonas muy cercanas a una historia política basada en premisas nacionalistas: la identidad comunitaria se expresaría por la cultura, siendo la lengua la máxima expresión cultural; consecuentemente, el idioma castellano (al que llama “español”) sería el factor unificador de los españoles.

Sin embargo, la misma crisis finisecular engendró también otro tipo de nacionalismo español que, frustrado en su expansión externa, buscó –y encontró– dentro de la península un nuevo enemigo, corporizado en la creciente amenaza que para él encarnaba el desarrollo de los nacionalismos periféricos, tildados de “antiespañoles” y “separatistas”. Este discurso, alimentado del pensamiento conservador decimonónico, comenzó a generar una nueva variedad autoritaria, que bebió del tradicionalismo carlista, de ideas de inspiración maurrasiana y, aunque en menor medida, también de los fascismos de la década de 1920. Al mismo tiempo, una porción del antiguo pensamiento carlista y antiliberal sobrevivió a lo largo del primer tercio del siglo, a través de la obra de pensadores como Marcelino Menéndez Pelayo (Morales Moya 2013), impregnando a otros que, como Ramiro de Maeztu (González Cuevas 2013), formaban parte de su vertiente autoritaria. La tercera variante del nacionalismo español que nos interesa rescatar es la que se conoce como liberal-democrática. Ve en la profundización de la democracia política, la incorporación de sectores de población más amplios y el entendimiento con los nacionalismos periféricos (sobre la base de un sistema de descentralización administrativa o autonomías), la vía para lograr la consolidación de la nación política española. Ese es el proyecto nacional de Manuel Azaña y, en general, de los republicanos (Núñez Seixas 1995).

Dentro del intento general de regeneración nacional española, se hizo claramente visible el acercamiento entre España y las repúblicas surgidas de la desmembración de su imperio americano (Abellán 2005; Sepúlveda 2013; Pérez Vejo 2013). Los hombres que integraron la “generación del 98” coincidieron en que, durante los tiempos impe-

riales, la nación había dilapidado sus energías fuera del país y que era necesario reconcentrarse en el interior. Sin embargo, esa tendencia al aislamiento y la incomunicación encontraría una excepción en las relaciones con América Latina, y entre finales del siglo XIX y comienzos del XX se desarrolló un proceso de acercamiento entre la península y el continente americano, cuyo logro más resonante fue la declaración del 12 de octubre como fiesta oficial en todos los países de la América antes española y en la misma España. Se afirmó entonces la idea de una continuidad cultural hispana en América, como base para la construcción de un ascendente español sobre las sociedades de dicho continente. Ello constituía una pieza fundamental para una política exterior “de prestigio”, destinada a recuperar el valor internacional de España a comienzos del siglo XX. Desde luego, esa voluntad de utilización de la dimensión hispana en América por parte del nacionalismo español se relaciona con el desarrollo de lo que ha venido a conocerse como *movimiento hispanoamericanista* e igualmente con la aparición de los nacionalismos periféricos en la península. Si Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y otros subrayaron la pertenencia de argentinos, peruanos, mexicanos, españoles, etc., a una misma comunidad, remarcando la importancia de la raza y, fundamentalmente, de la lengua, el objetivo implícito era la negación de las diferencias excluyentes entre catalanes, vascos y gallegos (embarcados en esfuerzos de recuperación y promoción de sus idiomas vernáculos) y los castellanos (Sepúlveda 2007).

Ahora bien, si existía una proyección de la identidad hispana en América, resultaba obligado preguntarse cuál era aquella. Las respuestas a dicho interrogante fueron tan diversas como las mismas interpretaciones del nacionalismo español. Lejos de ser algo monolítico, el *hispanoamericanismo* se componía de diversas corrientes, hasta cierto punto opuestas. No obstante, la totalidad del ejercicio de autorrepresentación de una comunidad cultural hispanoamericana se basaba en cuatro elementos comunes, a saber: la *raza*, como valor de integración social y síntesis de la cultura; el *idioma*, como arca telúrica comunitaria; la *historia*, en tanto memoria de un pasado común; la *religión*, como factor de vertebración de valores. A pesar de la ausencia de plasmaciones prácticas, el hispanoamericanismo acabó articulando uno de los vectores más sólidos y estables de la identidad nacional española, y uno de los valores más rentables y sostenidos en su política exterior (Sepúlveda 2007).

Condición de posibilidad para el desarrollo de esta corriente en América fue el drástico cambio de la situación política y de la imagen de España en el continente (Pérez Vejo 2013; Macarro Vera 1994). La pérdida de Cuba y Puerto Rico, al mismo tiempo que hizo desaparecer la situación colonial (considerada agravante por parte de la intelectualidad americana), potenció la amenaza estadounidense sobre el resto del continente. Eso no sólo provocó una disminución de los sentimientos antihispanistas, que se prolongaban desde las guerras de emancipación, sino también el surgimiento de corrientes de opinión claramente favorables a un acercamiento profundo con España. Junto a ello, debe aquilatarse también el efecto del enorme contingente de migrantes españoles que las repúblicas americanas recibieron entre finales del siglo XIX

y comienzos del XX, pues, como sostiene Gustavo H. Prado (2008) en relación al caso argentino, el surgimiento del hispanismo fue también consecuencia del espectacular fenómeno inmigratorio, no porque los inmigrantes españoles rehispanizaran el país a “golpe de garrote demográfico”, sino porque el elevado porcentaje de inmigrantes italianos, de Europa y la cuenca mediterránea hizo temer por la disolución de la identidad rioplatense. Sin embargo, cuestionar el argumento “cuantitativo” de que estos vínculos hubieran sido la resultante matemática de la instalación de cientos de miles de peninsulares o de la afinidad cultural entre ambos pueblos, no supone negar la importancia que tuvo el fenómeno migratorio para la reconstrucción de aquellos: a mediano plazo, el peso de la comunidad española, su prosperidad y la inteligente labor de sus élites propiciaron la revaloración de la cultura española, alentaron la actualización del acervo hispánico y el desarrollo de un circuito cultural español.

INSTITUCIONALIZACIÓN DEL NACIONALISMO CENTRALISTA: LA APE

La APE representó la institucionalización del patriotismo español en la emigración argentina (Fernández 1987; Romero 2007a, 2007b y 2007c; García Sebastiani 2013). Nacida en medio de un clima belicista, las tareas patrióticas figuraban a la cabeza de sus objetivos, incluyéndose en ellas la ayuda a la nación de origen, la defensa del buen nombre de España, el fomento de la confraternidad con Argentina, y también el plano asistencial (repatriación de españoles pobres, apoyo al inmigrante), el cultural (creación de bibliotecas y escuelas, fomento de la difusión de las ciencias y las artes hispanas) y el logro de una mayor cohesión interna en el seno de la comunidad española en la Argentina (vinculación de las distintas asociaciones de peninsulares en el país), mediante la apelación a los argumentos patrióticos como superadores de las diferencias existentes en su seno.

Desde sus orígenes, fue un útil instrumento para la consolidación de un grupo dirigente conformado básicamente por empresarios y profesionales (incluyendo en el segundo grupo a los “intelectuales” de la colectividad).² Fueron esos notables (periodistas, abogados, publicistas y profesores de segunda fila que buscaban notoriedad y reconocimiento a través de la vida institucional y el periodismo) quienes elaboraron los repertorios nacionalistas y los gestionaron, diseñando las iniciativas para cohesionar y afirmar sentimientos de identidad nacional entre los emigrantes. Con independencia de su propensión a servirse de las asociaciones étnicas como herramientas con las que reforzar sus lazos con la clase dirigente de la sociedad receptora, el grupo se hallaba sensibilizado ante dos fenómenos a los que juzgaba hipotéticamente amenazantes: por un lado, el enorme crecimiento de los flujos migratorios de España hacia Argentina, que podían diluir los esfuerzos de la élite en cuanto a mantener sólidas

2 A propósito de las características de los liderazgos étnicos hispanos en la Argentina entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, véanse los trabajos reunidos en Bernasconi & Frid 2006 y en García Sebastiani 2011.

bases de vinculación; por el otro, el avance de los regionalismos, que amenazaban con ensombrecer el horizonte panhispánico que ellos buscaban conservar.

De hecho, los repetidos fracasos de los proyectos de confederación de las asociaciones de inmigrantes españoles (un fenómeno de alcance continental) tenían origen en las fuertes rivalidades interregionales y particularmente en la falta de identificación de varias asociaciones regionales con un proyecto panhispánico (Núñez Seixas 2014a). Desde las páginas de su órgano de prensa, creado por Antonio Atienza y Medrano en 1903 (García Sebastiani 2011),³ la APE realizó constantes llamados a la unidad de los españoles (y especialmente de sus asociaciones) bajo su tutela real o moral. Sin embargo, resulta evidente que tales aspiraciones distaron de concretarse, como lo indica la reiteración de las invocaciones en ambos sentidos que es posible hallar en aquel. La insatisfacción por la distancia existente entre tales aspiraciones y la realidad seguramente es la responsable de las reiteradas quejas vertidas en relación con la negativa de aquellas instituciones a aglutinarse en una única y apolítica entidad “nacional” (la misma APE), ni siquiera en presencia de acontecimientos críticos como el de la guerra civil de 1936-1939 y la consiguiente necesidad de coordinar la ayuda humanitaria a España.

Desde la revista, la Asociación apostó por hacer “religión de la patria y el culto de las ideas”, codificando un discurso capaz de activar un patriotismo integrador de diferencias que existían en la colonia española en la Argentina; un patriotismo que favorecía una idea moderna y positiva de España, a pesar de las crisis políticas, la conciencia de decadencia por haber perdido el imperio y la amenaza disgregadora de los nacionalismos periféricos. Aunque el tema bélico monopolizó las preocupaciones de la entidad durante sus primeros años de vida, generando un esfuerzo sin precedentes dentro del marco étnico (gracias al cual alcanzó una posición prominente dentro del tejido asociativo hispano en Argentina), la consumación de la derrota española en 1898 la obligó a buscar un nuevo marco de referencia, capaz de justificar y garantizar su existencia. Lo halló en un imaginario patriótico superador de aquel anclado en lo bélico, amplio y apto para adaptarse tanto al escenario interno de la comunidad hispana en la sociedad receptora como al propiamente argentino y español. Según el nuevo discurso, el carácter de emigrados los desautorizaba a intervenir en la discusión política peninsular, debiendo limitarse a cumplir sus deberes con la Patria. Consecuentes con tal postulado, los intereses de la APE se elevaban por encima de los fines políticos de los partidos, privilegiándose la defensa del buen nombre de España y la confraternidad hispanoamericana. Por el contrario, el conflicto y las rivalidades eran vistos como elementos perjudiciales para la colectividad y, a través de la apelación a la armonía y el orden como elementos constitutivos del patriotismo, se desligó de la discusión po-

3 Editado a partir de 1903, llevó sucesivamente los nombres de *España*. *Revista semanal de la Asociación Patriótica Española*, *Hispania*. *Revista quincenal de la Asociación Patriótica Española*, *Boletín de la Asociación Patriótica Española*, *Revista de la Asociación Patriótica Española*, e *Hispania*. *Revista de la Asociación Patriótica Española*. Para el presente trabajo se han relevado todos los números publicados entre agosto de 1911 y julio de 1912 (cuando cesó de publicarse), y enero de 1928 a julio de 1939, con la única excepción de los números 61 a 64 (1933), 123, 124 y 126 (1938), cuya búsqueda se reveló infructuosa.

lítica y apeló a tópicos tales como la unidad de la raza basada en una lengua, cultura e historia común.

Con todo, a mediados de la primera década del siglo xx, la APE había avanzado ya por el sendero que luego recorrería largamente la ICE: un ente aglutinador de la colonia con orientación unificadora, llegando a contar por cientos las entidades afiliadas. Y con posterioridad a 1910, se concretaron algunas de sus iniciativas más caras. En 1917, con la resolución del gobierno de Hipólito Yrigoyen de convertir el 12 de octubre en “fiesta nacional” como homenaje a España, la alcanzó un triunfo largamente perseguido. El texto del decreto, en el que se aludía a España como “progenitora de naciones, a las cuales ha dado con levadura de su sangre y la armonía de su lengua una herencia inmortal”,⁴ refrendó, además, el mito de la herencia de España en la nacionalidad argentina.

Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial, debió lidiar con el desafío nacionalista al liberalismo y la explosión de los nacionalismos periféricos. Fue entonces cuando comenzó una deriva que la llevó desde una opinión favorable, positiva y prospectiva de una nación liberal, a otra asociada con las versiones conservadoras, reaccionarias, integristas, antiliberales o católicas (García Sebastiani 2013). De hecho, a mediados de la década de 1920 eran claramente perceptibles las fracturas internas en el seno de la colectividad española, como lo revelaron de un modo simbólico las disputas que, con ocasión de la llegada del hidroavión Plus Ultra a la capital argentina en febrero de 1926, se desataron en torno al carácter exclusivamente gallego o español de Ramón Franco. La APE se mostró entonces incapaz de utilizar el acontecimiento como palanca para una campaña de unificación de las sociedades hispánicas y de “renacionalización” española de la colectividad (Núñez Seixas 2014a).

Por otra parte, la españolidad continuó siendo, por entonces, un “legado a la defensiva” (Campomar 2009, p. 261). Tras su reaparición en 1928, predominó en la revista de la APE una enconada defensa y enaltecimiento de la imagen de España. Ello se expresaba a través de temas tales como la exaltación de la Reconquista, la jornada del 2 de mayo en Madrid y la Guerra de la Independencia española, el patrimonio artístico del país, sus paisajes, el renacimiento cultural-científico-técnico-académico, el elogio a las personalidades españolas del momento (personajes tan disímiles como Ramiro de Maeztu, Santiago Ramón y Cajal, José Millán Astray o Ramón Franco), entre otros. Para combatir una “leyenda negra” que nunca terminaba de pasar, se defendió la misión providencial de España en la historia de la humanidad y su contribución a la civilización, poniendo particular énfasis en el carácter benéfico del descubrimiento, conquista, colonización y evangelización de América. En relación con lo anterior, y en sintonía con la disputa dialéctica que desde hacía años existía con la colectividad italiana en la Argentina, se matizó el rol individual de Cristóbal Colón en la aventura transatlántica, argumentando sobre su carácter de representante del espíritu e iniciativa española, reivindicando el papel del resto de los exploradores, conquistadores, colonizadores,

4 1928. 12 de Octubre. Declarado “Fiesta Nacional” en la República Argentina”, *Revista de la Asociación Patriótica Española*, 10, p. 1.

etc. (fuesen ellos conocidos o anónimos), y sobre todo la figura de Martín Alonso Pinzón, del cual llegó a promocionarse la idea (delineada por el historiador argentino Rómulo Carbia) de que fuera él el verdadero responsable del descubrimiento. Lo anterior, a su vez, justificaba la afirmación de la existencia de una unidad e identidad que podía ser *hispanoamericana* o *hispánica*, pero en ningún caso *latinoamericana*, y que se fundaba en el hecho de compartir una misma raza (de allí el nombre que, por fuera del decreto de 1917, se dio a la conmemoración del 12 de octubre), la lengua castellana, la religión católica y el espíritu español. En el caso particular del idioma, la afirmación del castellano como máxima expresión de la identidad española ocluía la heterogeneidad idiomática, cultural y étnica de los diferentes pueblos de España y su prolongación más allá del océano. De hecho, se llegó a afirmar rotundamente “España es una nación homogénea”.⁵

Tales afirmaciones sobre el estrecho parentesco entre los españoles y los habitantes de sus antiguas colonias justificó, a su vez, la idea de que la lucha emancipadora americana no habría sido otra cosa que una guerra civil. De allí también las apelaciones a la unidad afectiva (que desearía ser también política) entre las naciones hispanas, la búsqueda de símbolos comunes (como el vano intento de difundir el uso de la “Bandera de la Raza”, creada por un oficial del Ejército uruguayo) o la alta significación dada a conmemoraciones como las del IV centenario de la fundación de Buenos Aires.

REIVINDICANDO LA PATRIA A TRAVÉS DE LA CULTURA: LA ICE

Sin embargo, el esfuerzo de la élite de la colectividad por difundir argumentos culturales con los cuales fomentar la cohesión étnica distó de agotarse en el accionar de la APE o en la prensa de la colectividad. Una vía alternativa fue la desarrollada por Avelino Gutiérrez, propulsor, presidente durante varios años y verdadera *alma mater* de la ICE (Campomar & Zamora Bonilla 2011), a la que convirtió en la continuadora y potenciadora del legado de la APE, por la vía de un “hispanoamericanismo práctico” basado en una ciencia y cultura libres de presiones partidistas y gubernamentales (Campomar 2009, pp. 292, 449).

Durante el primer tercio del siglo pasado, el intercambio académico formó parte de las políticas culturales implementadas por las potencias europeas en su disputa para atraerse a las élites ilustradas y universitarias de terceros países. En la Argentina, eso fue posible gracias a la acción de una serie de instituciones mediadoras que lo orientaron y estructuraron (Buchbinder 2012). En el transcurso de las décadas de 1910, 1920 y 1930, y en un contexto marcado por la revalorización de la herencia cultural española en la Argentina que, como comenta García Camarero (2012), coincidió temporalmente con la “Edad de Plata” de la ciencia hispana (*circa*, 1902-1939), llegó al país de un importante número de académicos peninsulares. Pero para que ese hecho

5 1928. La cultura popular en España, *Revista de la Asociación Patriótica Española*, 5, p. 14.

llegara a producirse, resultó fundamental la labor de la ICE, propulsada a partir de 1912 con el auspicio de la APE y constituida formalmente en 1914.⁶

Tampoco en este caso resultar ocioso preguntarse qué rol pueden haber jugado en su aparición otros deseos o necesidades de las élites étnicas, en la medida en que la imagen de España y el lamentable grado de instrucción formal que traían los inmigrantes acababa afectando la imagen de los españoles más encumbrados. Subyace a la empresa una premisa ligada a la consideración social del grupo: la idea de presentar una visión más positiva de España en un país que hasta hacía muy poco años constituyera una tierra plena de fobias antiespañolas. Diseñada y sostenida por los sectores dirigentes progresistas de la colonia española (mayormente, gente pudiente como Rafael Calzada, pero también algunos profesionales de la ciencia, como Gutiérrez), encarnó la institucionalización del intercambio académico entre España y Argentina (Romero de Pablos 2011) y llegó a constituirse en una herramienta fundamental para la creación de todo un sistema de redes y contactos científicos y profesionales entre España y Argentina. Ello resultó particularmente evidente en relación con la cátedra de Cultura Hispánica que, entre 1916 y 1942, se mantuvo en la Universidad de Buenos Aires (UBA), contando con el apoyo de dicha casa de altos estudios y de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE).

La fundación de la JAE, en 1907, marcó un antes y un después en la historia de la ciencia española. Aunque esta planteó desde el comienzo una relación asimétrica con los países centrales e Hispanoamérica, en la cual a los primeros se iba a aprender en tanto que a los segundos se viajaba a enseñar (Sepúlveda 2007; López Sánchez 2007), no por ello dejó de tener un puesto destacado en la conformación programática e incluso ideológica de las relaciones de España hacia las repúblicas americanas. De hecho, su logro más notable fue poner en valor el cambio modernizante que en esos años se produjo en España, proyectando hacia el nuevo continente una imagen que la homologaba con los países europeos más desarrollados. La ICE, a su vez, fue el elemento nodal en torno al cual se organizó y expandió la acción cultural de la JAE en el cono sur americano. La entidad porteña se fijó tres objetivos: la comentada creación y sostenimiento de una cátedra en la UBA para científicos y académicos españoles de diversas especialidades, las conferencias de divulgación que estos debían también realizar como parte de su contrato y el intercambio cultural, aunque sin duda fueron los dos primeros los perseguidos con mayor tenacidad. Concebida como ámbito de irradiación en el país del Plata del potencial científico español, y trabajando en estrecha colaboración con la JAE, su impacto en el medio académico resulta insoslayable, merced a la calidad de los científicos y académicos españoles que pasaron por ella (sin duda, algunas de las más reputadas figuras de la cultura peninsular de la época). Aun-

6 A propósito de las relaciones científicas y el intercambio académico entre España y Argentina durante el primer tercio del siglo pasado, así como los antecedentes, creación y características de la labor de la ICE, vid. Formentín Ibáñez & Villegas Sanz (1992), Ortíz (1989), Tabanera (1993) Sepúlveda (2007), López Sánchez (2007), Lago Carballo (2008), Romero de Pablos (2011).

que eso resultó particularmente evidente en el caso de la ciencia médica, al lado de figuras de la envergadura de Augusto Pi y Suñer, Gonzalo Rodríguez Lafora, Pío del Río Hortega, Eduardo García del Real, Roberto Nóvoa Santos, Gustavo Pittaluga o Gregorio Marañón, debe aquilatarse también la presencia, entre 1915 y 1939, de un destacado número de lingüistas, filósofos, matemáticos, médicos, físicos, juristas, arqueólogos e historiadores, escritores, dramaturgos, psicoanalistas y neurólogos, químicos y farmacéuticos, paleógrafos, economistas, pedagogos, ingenieros, zoólogos, paleontólogos y biólogos, entre otros profesionales.

Sin embargo, en lo que al tema de este trabajo compete, fueron particularmente relevantes las intervenciones de filólogos, filósofos e historiadores de la talla de Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Américo Castro, Manuel de Montolío, Amado Alonso, Antonio Ballesteros y Beretta, Claudio Sánchez Albornoz o José María Ots Capdequí. Ya en 1914 la visita de Menéndez Pidal significó un verdadero acontecimiento en algunos centros de enseñanza superior y ambientes culturales de Buenos Aires. Sin embargo, fue con la primera de Ortega y Gasset, en 1916, cuando la ICE ganó el impulso necesario para penetrar en las entradas de la sofisticada sociedad porteña, hasta entonces tan refractaria a lo que provenía de España. Para Gutiérrez, Ortega cumplió con el objetivo de mostrar los nuevos ideales del pueblo español y de afianzar la labor de compenetración espiritual hispano-argentina (Campomar & Zamora Bonilla 2011, p. 251). Su presencia contribuyó poderosamente a aventar la idea de que todo lo procedente de España era arcaico o reaccionario. Importa también señalar que la segunda de las preocupaciones de la ICE (complementaria a las de la APE) era que sus actividades sirviesen para reforzar los lazos étnicos en una sociedad crecientemente cosmopolita y que, independientemente de la medida en que esas personalidades hicieron de sus clases y conferencias otras tantas tribunas del nacionalismo español, la finalidad de la Institución era al mismo tiempo cultural y político. Así, además de ser el primer intento serio de encauzar el intercambio académico y cultural entre España y Argentina, la ICE supuso también –aunque de manera indirecta– un nuevo esfuerzo de la sociedad civil por construir, o cuando menos difundir, el imaginario nacionalista español en el Río de la Plata. Frente a la hispanofobia que aún imperaba en amplios sectores de la sociedad rioplatense, mostró a través de su cátedra, las conferencias en ámbitos porteños como Amigos del Arte, el Instituto Popular de Conferencias, el Club Español, la misma APE (en cuyo edificio tenía su sede), etc., y las giras de los visitantes por las ciudades y universidades del interior del país (La Plata, Rosario, Córdoba, Tucumán, etc.), no sólo a los círculos académicos e ilustrados criollos, sino también al gran público argentino, una imagen de España muy distinta al estereotipo de un pueblo atrasado y embrutecido.

Lo hizo, además, en un contexto de clara reivindicación de la tradición hispánica (López Sánchez 2007), como lo revela, por ejemplo, el énfasis puesto en la filología, ligado a la idea de “volver” a los orígenes hispanos, evitando la disgregación de la identidad argentina ante la avalancha migratoria italiana y de otros orígenes. Sin embargo, la atención prestada al idioma también resulta lógica en tanto requisito de unidad in-

traétnica, dada la diversidad de lenguas existentes en el seno de la comunidad hispana. Así, se explica el preponderante papel de lingüistas y de su énfasis en el cuidado del castellano, elevado a la categoría de piedra angular de la identidad española, y como tal presentado ante una comunidad hispano-argentina caracterizada por una evidente diversidad “dialectal”, dada la mayoritaria presencia en ella de gallegos y de núcleos más reducidos (pero no irrelevantes) de catalanes y vascos. La creación, en 1923, del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (dirigido sucesivamente por Castro, Montolíu, Millares Carló y Alonso) consolidó definitivamente esta interpretación de la realidad lingüística peninsular y dio a la lengua española (castellana) el tono de una alta empresa de la raza que había que cultivar cuidadosamente. Muestra del estado de opinión que reinó en dicho ámbito son las opiniones que en 1925 vertió el catalán Montolíu, quien sostenía que Argentina estaba revistando sus cánones lingüísticos, en profunda transformación debido a que las corrientes migratorias que convergían en el país introducían también los más variados y heterogéneos elementos lingüísticos, lo que producía momentáneamente desorden y confusión. Debido a ello, el castellano de los argentinos se resistía ante el entrecruzamiento de los dialectos románicos, principalmente castellanos o italianos, y daba lugar a un lenguaje popular sin reglas fijas. Concluía –después de haber ignorado tan categóricamente la entidad idiomática del resto de las lenguas del Estado español– que los inmigrantes eran un foco de corrupción gramatical, de irradiación exótica e hibridaciones idiomáticas (Campomar 2009, p. 461).

El mismo sentido puede hallarse detrás de la importancia dada a la divulgación de la obra de los intelectuales argentinos que exaltaron los valores de la “Madre Patria” y su defensa de las ideas de comunidad de destino y acción hispano-argentina. Este es el caso de Ricardo Rojas, Joaquín V. González, Manuel Gálvez, José León Suárez, entre otros. Lo mismo puede decirse, en relación con la historiografía argentina, acerca de las investigaciones de Ricardo Levene, Emilio Ravignani y demás miembros de la Nueva Escuela Histórica (que por entonces avanzaban en la indagación de la misión civilizadora de España en América y los cimientos de la nacionalidad argentina) o, desde una perspectiva nacional católica, de algunos de los que, como Ernesto Palacio, militaron en el llamado Revisionismo argentino. Aunque separados por la ideología y el método, varios miembros de ambos grupos coincidieron en integrar en sus miradas sobre el presente argentino las reconsideraciones acerca del período de dominación española (Devoto & Pagano, 2009). Claro que esa reivindicación no incluyó a todos los pueblos peninsulares, sino que –una vez más– se centró en el consabido arquetipo castellano (o, a lo sumo, vasco).

Con todo, al concluir la década de 1920, aún quedaba pendiente (e incluso subía de tono) el debate sobre la identidad y la contribución española en América. A pesar de las múltiples recuperaciones en clave hispana que, durante ese decenio, se intentaron en las artes plásticas, arquitectónicas o lingüísticas para contrarrestar tanto desprestigio, la discusión sobre la herencia española parecía lejos de cerrarse.

DEL HISPANOAMERICANISMO A LA HISPANIDAD

Al estudiar el hispanoamericanismo como movimiento nacionalista es posible dividirlo en dos corrientes, a las que se conoce como *panhispanismo* e *hispanoamericanismo progresista*. Una tercera corriente, surgida de una interpretación radical y metahistórica del primero, generó el pensamiento de la *hispanidad*, que acabó fagocitando toda capacidad de actuación del primero tras el resultado de la Guerra Civil española y la determinación del franquismo de tomarla como filosofía de Estado articuladora del nuevo régimen (Sepúlveda 2005).

Desde comienzos de la década de 1920, existía entre los españoles en la Argentina más de un proyecto de identidad. La unanimidad patriótica en torno a los símbolos, la prensa y las instituciones comunes ya no era posible. Aunque el nivel de implantación o de hegemonía social de las ideas etnonacionalistas en cada una de las colectividades de emigrantes fue variable y discontinuo en el tiempo (la influencia de los nacionalismos subestatales representó porcentajes más o menos significativos del colectivo de referencia, pero no llegó a englobarlo nunca en su totalidad), se había abierto la rivalidad entre los nacionalismos regionales y el español; y con ella la deriva del patriotismo español hacia el nacionalismo católico, conservador y paternalista. De tal modo, hacia mediados de la década de 1920, era muy difícil encontrar símbolos comunes capaces de crear una unanimidad patriótica entre todas las asociaciones españolas.⁷

Entre los años finales de la dictadura de Primo de Rivera y los primeros de la Segunda República Española, se consumó en la península un fenómeno trascendente para el movimiento hispanoamericanista español: la deriva hacia uno cada vez más conservador hizo que el liberal cediera progresivamente el paso a otro de carácter tradicional y, finalmente, los conservadores lograron hacerse con el monopolio del americanismo, alejando a los sectores más progresistas. El panorama americanista en España acabó siendo monopolizado por la derecha, cuya radicalización antidemocrática deparó un nuevo modelo de proyección española hacia el Nuevo Mundo: la *hispanidad*, punto culminante de la identificación entre la dimensión americana de España y el nacionalismo español reaccionario, con toda su carga de catolicismo militante, antiliberalismo, anticomunismo y providencialismo. Tras el golpe de Estado de julio de 1936 y la guerra civil subsiguiente, su actitud de imperialismo cultural hacia América Latina acabaría convirtiéndose en el portastandarte de la visión providencialista de la historia de España y en un elemento legitimador del franquismo en tanto plataforma de proyección exterior (Sepúlveda 2005).

Si en sus comienzos fue una radicalización del hispanoamericanismo, acabó convirtiéndose en algo muy distinto. Los miembros de la comunidad hispanoamericana fueron definidos en tanto participaban en los mismos usos culturales, mientras que la hispanidad era concebida desde supuestos filosóficos y religiosos, que hacían de la

7 Sobre la evolución de la competencia entre el nacionalismo centralista español y los nacionalismos subestatales, vid. Núñez Seixas (2014a, 2014b).

integración a la comunidad hispánica una cuestión existencial. Su gran valedor, Ramiro de Maeztu, tomó del sacerdote Zacarías de Vizcarra una analogía con la cristiandad y definió la hispanidad como una conjunción de todos los pueblos de estirpe hispana. Sin embargo, la base de esa comunidad ya no estaría en la raza o la tierra, ni tan siquiera en la propia lengua castellana, sino en la dimensión espiritual. Articulando alrededor del descubrimiento, conquista y colonización de América una interpretación militante, providencialista e imbuida de religiosidad, la hispanidad acabó confundándose con “españolidad” y la *patria* con *catolicidad*.

Es posible seguir el avance de esta corriente (teológicamente más dogmática, radical e intransigente) durante los últimos años de la década de 1920 y a lo largo del decenio posterior a través de las páginas de la revista de la APE, que acabó convirtiéndose en una plataforma del catolicismo militante como epítome de la nacionalidad española, sin dejar resquicio (excepto para denostarlos) a los nacionalismos periféricos o a las lenguas peninsulares no castellanas. Desde su reaparición, en 1928, la revista navegó las recelosas aguas de la realidad política española, acomodándose suavemente a sus cambios. Ello, sin embargo, no siempre se tradujo en un neutralismo absoluto, como lo prueba su actitud –respetuosa pero claramente disidente– en relación al reemplazo de la bandera rojigualda por la tricolor republicana. Lo mismo puede señalarse en relación con la emergencia de los nacionalismos periféricos, a los que, excepto en las raras ocasiones en las que se refirió a ellos para criticarlos, ignoró de manera categórica.

Desde sus páginas, por otra parte, se anunciaron con gran puntualidad y detalle dos hechos que también conviene aquilatar, debido a su importante papel como “amplificadores” de la presencia española en la vida pasada y presente de la ciudad: la inauguración en Buenos Aires de una serie de monumentos dedicados a hechos o figuras indiscutiblemente españolas y la construcción de la línea de subterráneos que unió las estaciones ferroviarias porteñas de Constitución y Retiro. Los monumentos al Plus Ultra (1928), al Cid Campeador (1935), a España (1936) y a Pedro de Mendoza (1937) actúan como lugares de memoria y acompañan un clima de época favorable a España entre buena parte de la intelectualidad argentina. Además, su erección coincide con otros hechos de gran significación nacional-católica, como la celebración del Congreso Eucarístico (cuya apertura tuvo lugar precisamente el 12 de octubre de 1934), o de marcado simbolismo hispánico, como la conmemoración del cuarto centenario de la primera fundación de la ciudad, que movilizó la atención de la opinión pública hacia esos tiempos remotos de la historia de la Conquista. El mismo impacto positivo pudo haber tenido la construcción de la línea del subterráneo que hoy lleva la letra “C”, realizada por una compañía de capital español que acumuló capital mediante la emisión de cédulas de ahorro vendidas entre los inmigrantes españoles en el país (y apelando a valores de la nacionalidad hispana), y colocó en la mayoría de las estaciones mayólicas que representan paisajes de España. Una demostración de progreso técnico que pudo haber contribuido (al igual que el episodio menos conocido de la compra a astilleros españoles de dos naves de guerra para la marina argentina) a minar las bases de la ima-

gen de España como país atrasado, impenetrable al progreso científico y tecnológico, entre los migrantes hispanos y la sociedad porteña en general.

Tras el golpe de Estado de julio de 1936 y comienzo de la Guerra Civil española, y en un contexto marcado por la reaparición o el recrudescimiento en el seno de la colectividad española de antiguos rencores y odios, todo lo que fuera opinión política desapareció, siendo reemplazada por reiterados llamamientos a la paz, novedades de las ayudas encauzadas a través de la Cruz Roja, el agradecimiento a las autoridades y la sociedad argentinas por la ayuda dispensada a españoles durante el conflicto, justificaciones por el neutralismo adoptado por la APE ante el alzamiento militar y, sobre todo, innumerables notas sobre las actividades de la ICE, arte, música española del Siglo de Oro, literatura, crítica dramática, historia (muchas veces artículos firmados por destacados historiadores argentinos), etc. La revista no llegó siquiera a pronunciarse sobre la diferencia cualitativa que subyacía en la lucha entre un gobierno legítimo y quienes se habían sublevado contra él, vulnerando el estado de derecho, y se limitó a denominar a unos y otros como “los dos bandos que combaten en España”.⁸

Sin embargo, cuando en abril de 1939 se produjo la derrota final de la República Española, profundizó un perfil ya decididamente conservador y se encolumnó detrás de un credo tradicionalista y del régimen franquista. Al llegar el 18 de julio de ese año, dejaba bien claro cuál sería desde entonces su postura ante la realidad española:

El general Franco no es sólo un hombre adornado de virtudes. Es ya un símbolo, la encarnación histórica de lo que puede y debe ser España, y su palabra, su acción, las directrices de su política, deben ser para todos cosa indiscutible y merecedora de la mayor obediencia, porque nadie como él supo hallar la sublime fórmula salvadora de los más entrañable y puro de la hispanidad.”⁹

¿EPÍLOGO?

Si, como recuerda Núñez Seixas (1995, p. 490), la nación, en tanto *comunidad imaginada*, es el fruto de imágenes compartidas por un colectivo humano determinado (un *imaginario social*), una de las cuestiones clave para un trabajo de esta naturaleza es cómo “medir” el alcance de dichos imaginarios. ¿Cuál fue el alcance de estos discursos / visiones de España? ¿Se trató, como dio a entender Alejandro A. Fernández (1987) en relación con la APE, de algo limitado a las élites étnicas españolas en la Argentina? ¿o, por el contrario, lograron alcanzar a un público más vasto (incluyendo el de la misma sociedad de acogida)?.

Resultan evidentes las dificultades que existen para establecer el grado de penetración de esa armazón de ideas y esperanzas, proyectos e imágenes estereotipadas

8 1937. Comisión Cooperadora de la Cruz Roja Española. Los nuevos donativos a los dos bandos que combaten en España, *Hispania. Revista de la Asociación Patriótica Española*, 199, pp. 4-5.

9 1939. 18 de julio, fiesta nacional, *Hispania. Revista de la Asociación Patriótica Española*, 133, p. 1.

que conforman el patriotismo español, entre los anónimos emigrantes que formaban el grueso de la comunidad hispana en la Argentina. En primer lugar, las disputas ideológicas entre los líderes étnicos no eran necesariamente una traducción de las preocupaciones y los problemas de la masa social afiliada a sus entidades. Por otra parte, cabe preguntarse también por la capacidad de impregnación ideológica y simbólica real, entre la masa asociada. La descripción de las orientaciones de las figuras dirigentes y de las empresas periodísticas y culturales no basta para dar cuenta del colectivo estudiado. Los destinatarios de la revista de la APE eran fundamentalmente sus propios asociados (entre quienes se distribuía de manera gratuita) pudiendo tratarse de particulares o asociaciones. Era, además, “el único contacto que existe entre la Junta y los señores socios”, según se expresa en sus mismas páginas,¹⁰ lo que en su día llevó a Fernández (1987) a sostener que el discurso que impregnaba la revista se agotaba en los mismos límites de la entidad y sólo podría aspirar a influir en los puntos de vista de sus socios, que en una proporción quizás mayoritaria pertenecían a la élite de la comunidad (o a su periferia). Más relevante aún es observar las razones por las que en 1912 la APE suprimió la edición de *Hispania*:

Los Sres. Aranda y Pujadas proponen que en vista del gasto que importa la revista HISPANIA, que se limite la publicación, dándole un aspecto administrativo, esto es, transformándola en un Boletín, en el cual se diera cuenta tan sólo del movimiento de la Asociación, suprimiendo, agregaba el Sr. Pujadas, los artículos literarios y científicos, muy bonitos sí, pero que no eran leídos por la mayor parte de los socios de la Asociación, por que (*sic*) no les interesaban y por que (*sic*) ocupan su actividad en otras cosas que entienden más útiles.¹¹

En consecuencia, fuentes como esta no resultan suficientes para determinar el alcance y el grado de impregnación de los discursos y apelaciones cruzadas (de etnia, pero también de clase u otras) a las que los migrantes se exponían cotidianamente. Será preciso profundizar en el tema acudiendo a otras más amplias, indagando más acerca de la impronta real de los líderes étnicos en los sentimientos de identidad colectiva de los socios de las instituciones y preguntarse por los canales a través de los que podían transmitir y extender su mensaje identitario, más allá de las apariencias que nos puedan hacer llegar la prensa étnica y las actas de reuniones (Núñez Seixas 2014a), lo que exige un trabajo más profundo de compulsión documental y reflexión.

De tal modo, a la hora de evaluar el impacto o penetración del discurso (o los discursos) nacionalista español, no sólo entre la comunidad hispana sino en la sociedad de acogida, resulta más adecuado hablar de hipótesis y líneas de indagación que es necesario profundizar que de conclusiones sólidas. En cualquier caso, la respuesta al tema planteado debe tomar en cuenta la sensación de amenaza o disgregación de la cultura nacional que, en algunos sectores de las élites criollas, existía en relación a la vigorosa inmigración italiana en el país y otras corrientes menores. En ese contexto, la

10 1931. Memoria y balance general. Correspondientes al ejercicio 1930-31, *Revista de la Asociación Patriótica Española*, 39, p. 20.

11 1912. Asociación Patriótica Española, en *Hispania*, p. 2243.

APE y la ICE se desarrollaron durante el período estudiado como dos formas complementarias de accionar a favor del patriotismo español. Aunque no resulta sencillo de demostrar empíricamente, es nuestro parecer que el alcance de los discursos o las visiones de España y de lo que entrañaba *ser* español, difundidos a través de la revista de la primera, la cátedra de la segunda y las diferentes tribunas a su alcance superaron el estrecho círculo de las élites étnicas para alcanzar un público más vasto. En tal sentido, sin duda fue trascendente el “hispanoamericanismo práctico” de la ICE, que acercó el conocimiento, pero principalmente la imagen de una España moderna, a sectores más vastos que el de los reducidos círculos académicos del país.

Sin embargo, el importante papel de la Cultural no debe desmerecer el rol jugado por la APE, cuya iniciativa motivó al gobierno argentino a declarar al 12 de octubre como “fiesta nacional”, un hecho que, más allá de la larga controversia a la que dio lugar su denominación y significado, sin duda impactó con fuerza en la opinión pública argentina. El notable grado de efervescencia en relación al papel de España en América, la apropiación del espacio público porteño por obras artísticas que reivindicaban el pasado español y la misma movilización generada por el estallido de la guerra civil en la península dan cuenta del grado en el que la apelación a lo hispano había crecido durante las décadas de 1920 y 1930, hasta impregnar el imaginario y la opinión pública de la sociedad criolla.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L., 2005. La Regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina. En M. E. CASÁS ARZÚ y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)*. Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, pp. 15-21.
- ÁLVAREZ JUNCO, José y G. DE LA FUENTE MONGE, 2013. Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad. En J. ÁLVAREZ JUNCO (coord.), G. DE LA FUENTE, C. BOYD y E. BAKER, *Las historias de España*. Sabadell: Crítica / Marcial Pons, t. 12.
- BERNASCONI, A. y C. FRID, C. (eds.), 2006. *De Europa a las Américas. Dirigentes y liderazgos (1880-1960)*. Buenos Aires: Biblos. 243 p.
- BUCHBINDER, P., 2012. Las políticas del intercambio académico de la Universidad de Buenos Aires a principios del siglo xx, Seminario del Programa de eventos del Instituto Ibero-Americano de Berlín, Berlín.
- CAMPOMAR, M., 2009. *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset. 939 p.
- y J. ZAMORA BONILLA, 2011. Avelino Gutiérrez (1864-1946). La ciencia y la cultura en las dos orillas. En M. GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones*, pp. 231-71.
- DEVOTO, F. y N. PAGANO, 2009. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana. 475 p.
- DUARTE, Ángel, 1998. *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)*. Lleida: Editorial Milenio. 234 p.
- FERNÁNDEZ, A. E., 1987. Patria y cultura. Aspectos de la acción de la elite española de Buenos Aires (1890-1920), *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, nº 6-7, pp. 291-307.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, J. y M. VILLEGAS SANZ, 1992. *Relaciones culturales entre España y América: La Junta para Ampliación de Estudios*. Madrid: MAPFRE. 359 p.
- GARCÍA CAMARERO, E., 2012. *La ciencia española, entre la polémica y el exilio: pasando por el Ateneo de Madrid y la Junta para la Ampliación de Estudios*. Madrid: S/e. 289 p.

- GARCÍA SEBASTIANI, M. (dir.), 2011. *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. 403 p.
- 2011. Antonio Atienza y Medrano: institucionalista en otras tierras, en ÍD. (dir.), *Patriotas entre naciones*, pp. 127-57.
- 2013. España fuera de España. El patriotismo español en la emigración argentina: una aproximación, *Hispania*, nº 244, pp. 469-500.
- GONZÁLEZ CUEVAS, P.C., 2013. Ramiro de Maeztu. En A. MORALES MOYA, J. P. FUSI AIZPURÚA y A. DE BLAS GUERRERO (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, pp. 713-22.
- LAGO CARBALLO, A., 2008. La Institución Cultural Española de Buenos Aires, *Mar Océana. Revista del Humanismo Español e Iberoamericano*, nº 23, pp. 49-61.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, J.M., 2007. La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española, *Revista de Indias*, nº 239, pp. 81-102.
- LÓPEZ VEGA, A., 2013. La idea de España en Marañón. En A. MORALES MOYA, J. P. FUSI AIZPURÚA y A. DE BLAS GUERRERO, *Historia de la nación*, pp. 690-703.
- MACARRO VERA, J.M., 1994. La imagen de España en la Argentina. En R. SÁNCHEZ MANTERO, J.M. MACARRO VERA y L. ÁLVAREZ REY, *La imagen de España en América 1898-1931*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, pp. 61-110.
- MORALES MOYA, A., 2013. La nación católica de Menéndez Pelayo. En A. MORALES MOYA, J. P. FUSI AIZPURÚA y A. DE BLAS GUERRERO, *Historia de la nación*, pp. 502-24.
- MORENO LUZÓN, J. y X.M. NÚÑEZ SEIXAS, 2013. Introducción. Los imaginarios de la nación. En ÍD. (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo xx*. Barcelona: RBA, pp. 9-19.
- NÚÑEZ SEIXAS, X.M., 1995. Os nacionalismos na Espanha contemporânea, *Análise Social*, nº 131-2, pp. 489-526.
- 2014a. Sueños de redención: Liderazgo étnico, exilio político y etnonacionalismo en las colectividades de inmigrantes ibéricos en América Latina. En ÍD., *Las patrias ausentes. Estudios sobre historia y memoria de las migraciones ibéricas (1830-1960)*. Oviedo: Genuve Ediciones, pp. 143-72.
- 2014b. Gaitas y tangos: Las fiestas de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1890-1930), en ÍD., *Las patrias ausentes*, pp. 241-74.
- ORTÍZ, E.L., 1989. Las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de siglo. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Cultural Española. En J.M. SÁNCHEZ RON (coord.), *La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. 2, pp. 119-158.
- PÉREZ VEJO, T., 2013. España vista desde Hispanoamérica. En A. MORALES MOYA, J. P. FUSI AIZPURÚA y A. DE BLAS GUERRERO (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, pp. 1048-69.
- PRADO, G.H., 2008. *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 386 p.
- ROMERO, A.L., 2007a. "¡A la Plaza! ¡A la Plaza!" Fiestas y diversiones patrióticas. Una aproximación a los espacios de sociabilidad españoles durante el conflicto de Cuba. Ponencia presentada en Primeras Jornadas Nacionales de Historia Social, 30 de mayo - 1 de junio de 2007, La Falda, Córdoba.
- 2007b. Curando las heridas del '98. La reformulación del discurso patriótico como estrategia política. El caso de la Asociación Patriótica Española. En Actas de las XI^o Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- 2007c. La política del Patriotismo. La conformación de la Asociación Patriótica Española (1896-1898), *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, nº 64, pp. 457-84.
- ROMERO DE PABLOS, A., 2011. Relaciones científicas entre España y Argentina, dos casos históricos: la Institución Cultural Española de Buenos Aires y los comienzos de la energía nuclear. En M. ALBORNOZ y J. SEBASTIÁN (eds.), *Trayectorias de las políticas científicas y universitarias en Argentina y España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 15-38.

- SEPÚLVEDA, I., 2005. *El sueño de la Madre Patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Fundación Carolina / Marcial Pons. 530 p.
- 2007. La JAE en la política cultural de España hacia América, *Revista de Indias*, nº 239, pp. 59-80.
- 2013. América en el nacionalismo español. El Hispanoamericanismo. En A. MORALES MOYA, J. P. FUSI AIZPURÚA y A. DE BLAS GUERRERO (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 1031-47.
- TABANERA, N., 1993. Institucionalización y fracaso del proyecto republicano (1931-1939). En P. PÉREZ HERRERO y N. TABANERA (coords.), *España / América Latina: un siglo de políticas culturales*. Madrid: AIETI / SÍNTESIS – OEI, pp. 49-90.